

ABEL VERDUGO SEGURA

MEA CULPA

EL PECADO I



Título: El pecado I: Mea Culpa

Primera edición: junio, 2026

© 2026, del texto Abel Verdugo Segura.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de portada por Ángela León

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2310-2026

ISBN: 979-13-88290-54-1

*A mi familia, por estar siempre a mi lado.
Y a todos aquellos que le den una oportunidad a esta historia.
Gracias.*



*Arrepiéntanse y apártense de todas sus maldades,
para que el pecado no les acarree la ruina.*

—Ezequiel 18:30b

*¿En qué me he convertido?
Mi más dulce amigo,
todos los que conozco se van
al final
y tú podrías tenerlo todo.
Mi imperio de suciedad.
Te voy a decepcionar.
Te voy a hacer daño.*

—Hurt, Johnny Cash



Índice

Índice.....	9
1	13
2	17
3	21
4	29
5	41
6	49
7	65
8	75
9	81
10	95
11	111
12	123
13	133
14	141
15	155
16	165
17	173
18	185
19	195
20	211
Agradecimientos.....	219



El contenido de esta novela incluye violencia doméstica, machismo, maltrato psicológico, maltrato físico, abuso sexual, abuso de menores, drogas, suicidio y otros temas de carácter delicado.

Si experimentas una reacción negativa a estas temáticas o sufres cualquier tipo de problema, acude a un profesional.

Esta novela no está hecha para hacer sentir mal a nadie.

Esta es una novela de ficción e invención de la mente del propio autor. Cualquier parecido o similitud con la realidad es pura coincidencia.



1

Julián Fernández siente cómo pequeñas gotas de sudor caen por su frente. Se aprieta las manos posadas sobre sus piernas para evitar el temblor que agita todo su cuerpo. Nunca le ha gustado mostrar debilidad delante de nadie; siempre ha procurado dar una imagen de serenidad y templanza, igual que su padre.

Está sentado en el asiento de atrás del Rolls-Royce negro que ha venido a buscarlo a su casa, aunque en realidad no es su casa, es la casa de su madre.

A sus veintiséis años, todavía vive con ella. Ha tenido posibilidades de buscarse algo para él; no es que no lo haya pensado, es solo que vive demasiado bien como para cambiar de aires.

«Eso tiene que cambiar», pensó. «Es increíble todas las cosas que tu mente puede pensar en situaciones donde preferirías estar en la otra punta del mundo».

Emmanuel está sentado justo a su lado. Desde que lo ha recogido en la puerta de la casa, no le ha dicho ni una sola palabra; no hace falta, Julián sabe perfectamente para qué ha venido.

Lo conoce desde que era un niño, de toda la vida. Siempre ha sido el hombre de confianza de su padre. Aun en su dureza, siempre ha mostrado afecto y respeto hacia él, pero las cosas han cambiado; no se atreve a mirarlo, sabe lo que va a pasar. Julián no se lo tiene en cuenta, solo hace lo que

su jefe le ordena.

Cada vez está más nervioso; ya no puede aguantar el temblor de sus manos, que ahora también se desliza a su pierna derecha con un tic. Sigue sudando, agobiado, nota cómo el habitáculo se va haciendo cada vez más pequeño. Baja un poco la ventanilla del coche; necesita aire. Nota cómo Emmanuel lo mira por primera vez.

—Hace mucho calor aquí dentro —dice, con una risita nerviosa, esperando que no se dé cuenta de su estado.

Cree notar un atisbo de misericordia en su cara, aunque acto seguido deja de mirarlo.

Julián mira por la ventana e intenta relajarse. No tiene sentido ese miedo que siente en su interior; no es que vaya precisamente a un paredón de fusilamiento, va a ver a su padre, aunque piensa que un pelotón dispuesto a fusilarlo tendría más misericordia que su progenitor.

Lázaro Fernández, su padre, es toda una eminencia, considerado el chef más importante de España y con gran reputación internacional. Su nombre siempre se encuentra entre los diez primeros de la lista de los Best Chef Awards, y varias veces en primera posición. Es ganador de quince estrellas Michelin, repartidas entre sus restaurantes de España, Francia, Reino Unido, Estados Unidos y Japón.

Siempre rodeado de las grandes celebridades del momento —actores y actrices, estrellas de Hollywood, deportistas de élite, grandes monstruos de la industria musical, políticos de toda índole e incluso la propia casa real—, todos dispuestos a probar los platos más sofisticados e innovadores de su carta, a degustar ese manjar que hace derretir el paladar y llenar los corazones de alegría y éxtasis absoluto. Algunos, capaces de derramar alguna lágrima e incluso, si pudieran, de ponerse de rodillas y besar los pies de aquel chef que consideraban un artista, un Miguel Ángel o un Da Vinci de la gastronomía; un Dios que, mediante cada plato, era capaz de transportarlos a ese momento de sus vidas en

que habían sido felices y libres.

Para todo el mundo, Lázaro es un personaje ejemplar, un modelo a seguir, la hospitalidad y la amabilidad personificada. Alabado en televisión y en la prensa, para todos tiene su sonrisa perfecta. Eso de cara hacia fuera, para la galería, para cuidar su imagen.

Para Julián, era ese desconocido, ese ausente, incapaz de dirigirle una mísera sonrisa o una muestra de cariño, aunque fuera un abrazo o un simple beso. Ni siquiera en su niñez. Capaz de los castigos más ejemplares, de las humillaciones y las palabras más duras.

Durante toda su vida, lo único que su padre había mostrado hacia él era una total indiferencia. Él tenía bastante claro que su padre se arrepentía de que hubiera nacido, de su existencia.

Aunque lo inesperado ocurrió hace cinco meses, cuando su padre le pidió que asumiera el mando de su empresa, de su cadena de restaurantes, de su imperio. Quería ver si, después de todo, era merecedor de su confianza. Si era lo bastante maduro y lo suficientemente hombre como para hacer las cosas bien. Le daba una oportunidad, la primera vez en su vida, y no iba a desaprovecharla; le demostraría que podía confiar en su trabajo y que no era un inútil.

Se equivocó. Todo salió mal. Todo se echó a perder. Por eso está en ese coche, con destino al peor juicio imaginable, el juicio final: la sentencia de su padre.

—Para el coche en la puerta —dice Emmanuel al chófer.

El coche se detiene justo delante de la entrada del restaurante. Emmanuel abre la puerta, baja del coche y cierra con tranquilidad. Julián no es capaz de moverse, está totalmente pálido y un nudo en la boca del estómago está empezando a causarle pequeñas arcadas. Mira a su alrededor. «Ojalá me trague la tierra», piensa.

La puerta de su lado se abre; Emmanuel la ha abierto y le mira con un semblante inexpresivo.

—Baja. Tu padre te espera. Mejor que no lo hagamos esperar, ya le conoces.

—Claro, claro.

Julián cierra los ojos y suspira. Se apea del coche, nota el frío de la noche en su rostro y camina directo hacia la puerta del restaurante. Ya no piensa, cada paso que da es más duro que el anterior, siente cómo sus piernas flaquean; es un corredo que va al matadero.

—Julián.

Este se detiene. No esperaba que Emmanuel fuera a decirle algo antes de entrar. Se gira y lo mira. Por primera vez, desde que lo recogió de casa de su madre, le muestra un gesto de tristeza y pesar.

—Lo siento mucho.

En ese mismo instante se da cuenta de que todo va a ir mal. Dentro de ese restaurante le espera el depredador más temible que pueda existir, aquel que no tiene ninguna misericordia, que ni siquiera le importan los lazos de sangre, que simplemente va a destruir, y su hombre de confianza lo sabe. Sabe lo que le espera y no ha podido guardarse esas palabras que le han vaticinado ya el peor de los destinos.

—Gra... gracias, amigo.

Vuelve a girarse, traga saliva e intenta tranquilizarse. Cierra los ojos y respira con pausa varios segundos, llenando su pecho de aire y expulsándolo despacio, sin importarle las personas que entran y salen, que lo miran mientras pasan a su alrededor. Ya todo da igual. Abre los ojos y, ya sin vuelta atrás, entra por la puerta a la boca del lobo.

2

20 años antes

Él no ha hecho nada malo. No merece este castigo. Solo estaba jugando. Él no ha hecho nada malo.

Julián siente muchísimo frío; la lluvia le moja el pelo. Agacha la cabeza para que no le entre agua en sus ojos, ya de por sí cargados de lágrimas, aunque no puede evitar que le cale a través del fino pijama de Spider-Man que lleva puesto, empapándole todo el cuerpo. Los pies descalzos notan el frío y la hierba húmeda del jardín; si por lo menos llevara puesto unos calcetines, algo le abrigaría, pero dentro está puesta la calefacción y estaba muy calentito. Rodea su cuerpo con sus propios brazos para intentar, en vano, evitar el frío y la lluvia de una tarde de diciembre.

Él no ha hecho nada malo. Acababa de merendar un colacao bien calentito que le había preparado su madre con todo el cariño, junto con un pastelito. Ella le permite caprichos de vez en cuando, siempre acompañados de un gesto de silencio con el dedo y una risita cómplice.

Estaba viendo una maratón de *La banda del patio* que estaban echando en Disney Channel. Le encantan esos dibujos animados; se siente muy identificado con el personaje de Gus, ese niño pequeñito, demasiado tímido, que tenía miedo del mundo y de todo cuanto le rodeaba. Al igual que él, tiene un padre que le impone disciplina y seriedad,

con la diferencia de que el padre de Gus, en la mayoría de los episodios, le mostraba afecto y cariño, no como el suyo. Siempre que está en presencia de su padre siente el miedo más absoluto y unas ganas terribles de correr y esconderse.

Gus, al menos, tiene su grupo de amigos —T. J., Spinelli, Gretchen, Vince y Mikey—, que lo incluyen, lo arropan y lo hacen la persona más feliz del mundo. Él no tiene eso. No tiene amigos.

Cuando llega al colegio, no se junta con nadie, no habla, apenas sonríe; es como una sombra sentada al fondo de la clase. En el recreo, mientras sus compañeros juegan al fútbol o al pillapilla, él se queda sentado en un rincón o da vueltas alrededor del patio con la única compañía de sus propios pensamientos, fantasías y sueños; alejado del mundo real, escondido en ese pequeño hueco de su mente que él llama felicidad. No necesita nada más.

Cuando los demás niños se acuerdan de su presencia, de que existe, es para meterse con él, reírse, llamarle «rarity», quitarle las cosas o tirarlas al suelo. A veces, los niños pueden llegar a ser muy crueles.

Esa tarde, acababa de terminar un capítulo y era la hora de los anuncios, que a Julián le parecían especialmente aburridos. Por eso, se puso de pie en el sofá y empezó a jugar, imaginándose que era Spider-Man, su superhéroe favorito. Saltó y lanzó patadas al aire, luchando contra los villanos. Se pegó al respaldo e hizo como que caminaba por la fachada de un edificio de Manhattan. Luego, se bajó y comenzó a correr por todo el salón, persiguiendo a los ladrones para darles una buena paliza en nombre de la justicia. Estaba siendo su momento, el momento de su imaginación, el momento de su felicidad. Era Spider-Man.

Aquella felicidad se esfumó en un segundo cuando ocurrió lo peor: la desgracia. No calculó bien la velocidad en una de las esquinas del salón y golpeó con el hombro un jarrón grande que estaba sobre un pequeño mueble. Este cayó

al suelo y se rompió en mil pedazos.

Silencio absoluto.

Julián se quedó mirando los restos del jarrón, inmóvil, pálido y con la cara desencajada. Había escuchado mil veces a su padre decir que aquel jarrón era muy especial. Había sido un regalo de alguien importante, del cual no recordaba el nombre, y su valor era infinito. Y ahí estaba, completamente roto.

Oyó abrirse una puerta y unos pasos que se dirigían hacia el salón. Suplicó, rezó con todas sus fuerzas que quien entrara fuera su madre. Ella podría ayudarle, decirle a su padre que él no había sido, protegerlo como tantas veces, ser su superhéroe, su Spider-Man.

Pero la vida puede llegar a ser muy injusta; quien entró por la puerta fue su padre.

Al principio lo miró y, acto seguido, vio los restos del jarrón. Su mirada cambió, su rostro se tensó y empezó a enrojecerse. Se le notaban las venas del cuello y la frente. Volvió a mirarlo con los ojos llenos de rabia. Él estaba muy asustado.

Sin dirigirle una sola palabra, se fue hacia él, lo agarró muy fuerte por el cuello de la camisa y lo arrastró hacia la puerta del patio. Julián no paraba de llorar, agarrando con sus dos manitas el fuerte brazo de su padre, que le hacía daño sin misericordia. Le suplicó que lo perdonara, pero no le hizo caso. Gritó pidiendo ayuda a su madre, pero no apareció.

Su padre abrió con fuerza la puerta de cristal del patio y salieron al exterior. Bajo el frío y la lluvia, lo arrastró hasta el centro del patio, lo soltó y se quedó mirándolo. Acto seguido, le dio una fuerte bofetada en su mejilla izquierda. Después se dio la vuelta, regresó a la casa y cerró la puerta.

No hizo falta que dijera nada, no era la primera vez que le imponía ese castigo. Ahora tiene que quedarse aquí quieto hasta que su padre decida que puede volver a entrar. Algo que podía durar horas.

Pero él no ha hecho nada malo. No merece este castigo. Solo estaba jugando. Él no ha hecho nada malo.

Mientras se abraza con sus propias manos intentando evitar el frío y la lluvia que le calan en todo su cuerpo, ve cómo sus padres discuten dentro de casa. No oye lo que dicen, pero nota que es una discusión muy fuerte. Su madre tiene los ojos llenos de lágrimas y señala hacia su dirección; su padre mantiene un semblante furioso y, mientras discuten, le apunta varias veces con el dedo. Ella intenta abrir la puerta del patio, pero él la empuja y se coloca delante para que no pueda pasar.

Julián, mientras observa la escena, empieza a arrepentirse de haberse puesto a jugar, de haber tenido esas imaginaciones de niño y de hacer esas tonterías. Tenía que madurar, como decía su padre. Todos los problemas de la casa ocurrían por su culpa; sus padres siempre se peleaban por su culpa; él siempre era el causante de todo. Su padre tenía razón.

Él ha hecho algo malo. Se merece este castigo. Él siempre lo hace todo mal.

3

Las mil y una noches es el local principal de la cadena de restaurantes de lujo de Lázaro Fernández; la sede central desde donde dirige su vasto imperio creado a base de triunfos y fama, todo digno de un César.

Es el primer establecimiento que creó hace treinta años, el lugar donde empezó todo. El primero de grandes restaurantes aclamados en todo el mundo. Al principio, comenzó como un local pequeño al cual acudían familias de clase media de la ciudad para probar los platos de aquel joven cocinero que se había atrevido a lanzarse al vacío y a apostar todo lo que tenía a una sola baza. Abrió con la única ayuda de dos cocineros de su confianza y, al final, le salió redondo. Él siempre presume de que, para las grandes cosas y las decisiones importantes, hay que arriesgarse. Siempre lo hace y siempre lo consigue.

Con el tiempo, su fama fue creciendo más y más; empezaban a acudir personas cada vez más importantes a probar los platos que aquel joven era capaz de ofrecerles. Fue subiendo el número de sus convidados, al igual que el de sus trabajadores. Los platos nuevos que salían de su mente privilegiada empezaban a ser admirados y venerados por millones de gastrónomos y profesionales del sector. El restaurante creció. Abrió más en diferentes ciudades y países, expandió su empresa, su reputación, su poder. Un poder aplastante, demoledor, completamente destructivo; un

poder capaz de dañar hasta lo más profundo del alma.

En eso pensaba Julián cuando entra por la puerta del restaurante mientras intenta, con todas sus fuerzas, serenarse y parecer lo más calmado y seguro posible ante el hombre que era su padre. Tiene que apartar el miedo que siente, tiene que ser fuerte; ya no es un niño.

Pasa lentamente por la recepción principal, donde ya hay algunos clientes esperando cola para ser atendidos; él no tiene que hacerlo.

—Buenas noches, señor Fernández —le saluda la encargada de recibir a los clientes.

—Buenas noches, Susana —intenta parecer lo más calmado posible.

Entra en el gran salón; es enorme, todo completamente blanco. El único color diferente son los manteles de las mesas, las decoraciones que hay encima de ellas y todas las imágenes y cuadros que hay colgado en las paredes.

El salón está a reventar, todas las mesas están ocupadas; un ejército de camareros recorre el lugar, entrando y saliendo de la cocina, atendiendo a los recién llegados, llevando los platos a los clientes que esperan con ansias. Alrededor, observa a las personas disfrutando del manjar que se están llevando a la boca y saboreando con sus papilas gustativas. Todos felices, muchos riendo, ajenos a todo lo demás, incluso a cualquier mal que alguien pueda estar sufriendo, incluido el suyo propio.

Julián se detiene, mirando a todas direcciones a la espera de divisar la figura de su padre.

—Está al fondo —le dice Emmanuel, como si pudiera leerle los pensamientos.

Lleva todo el rato detrás de él, igual que su sombra, asegurándose de que acuda a la reunión, como si pensara que pudiera darse la vuelta e irse. Eso le ofende un poco, pues él no es ningún cobarde.

Avanza con lentitud, pero decidido, por el gran salón a

través de las mesas, llega hasta el fondo, donde se encuentra un gran ventanal en el cual puede verse gran parte de la ciudad, toda iluminada en contraste con la oscuridad de la noche.

Y ahí está, sentado en una mesa apartada, su padre. Ese miedo que creía haber disipado en su paso por el restaurante volvió a aparecer. «Aquí estoy». Su padre le recorre de la cabeza a la punta de los pies. Hace que se quede inmóvil. Tiene ante él a la persona que más teme, el monstruo de sus pesadillas, tanto dormido como despierto.

No sabe cómo, pues no es consciente de sus acciones, pero ha recorrido la poca distancia que los separa y ahora está de pie frente a la mesa donde se sienta Lázaro Fernández.

Mira a su padre, un hombre delgado, con facciones que denotan que no es una persona que sonría a menudo, más bien nunca. El pelo engominado hacia atrás, ya bastante canoso, pero siempre bien afeitado y vestido de manera imponente. Lleva una camisa blanca que asoma por debajo de un polo azul oscuro, por lo que solo se le ve el cuello, unos pantalones a juego y una chaqueta que tiene colgada en el respaldo de su propia silla. Sus manos son delgadas, se le notan los huesos. A Julián le recuerdan más a garras que a manos. Siempre le ha desconcertado que una persona con ese aspecto, en el fondo, tuviera tanta fuerza y odio en su interior que le hacía temible y peligroso, como un Michael Corleone cada vez que tocaban a la familia. Pero esa era la gran diferencia: él no quería a su familia, no era respetado por ella como el personaje de *El padrino*; era temido.

Está cenando solomillo de cerdo en salsa con ciruela y orejones, que seguramente ha cocinado él mismo, ya que nunca permite que otras manos impuras prepararen la delicia con la que iba a nutrir su propio cuerpo. Lo acompañaba con una copa de lo que Julián cree que es un buen vino tinto. Hay muchas cosas que ha aprendido durante todos estos

años, no es un negado en la cocina, por mucho que aquel hombre se lo repita.

Julián lo observa de pie durante unos segundos, sin saber qué decir, dudando si tan siquiera hablar. Emmanuel está detrás de él a una distancia prudencial. «Ya es el momento», piensa y, con la máxima fuerza que sale de su ser para vencer sus miedos, se decide.

—Buenas noches, padre —dice, intentando que su voz no suene temblorosa, algo que consigue a medias.

Este no reacciona ante la voz de su hijo, ni siquiera levanta la vista para mirarlo; solo está pendiente de su plato y su copa.

—¿Pu... puedo se... sentarme? —Su voz ya le traiciona.

Nada, ni un solo gesto o un mísero movimiento a su favor, como si nadie le estuviera hablando, como si él no estuviera allí. Julián no sabe qué hacer.

En ese momento, Emmanuel se acerca por detrás, agarra con ambas manos el respaldo de la silla que está vacía y tira de ella hacia atrás, ofreciéndole asiento.

—Gracias.

En el momento en que se sienta, un camarero considera oportuno acercarse a tomarle nota al hijo del gran jefe.

—¿Qué va a tomar el caballero?

—El joven ahora mismo no va a tomar nada. —Emmanuel se dirige al camarero—. Puede retirarse, gracias.

Este hace un gesto afirmativo con la cabeza y se marcha. Emmanuel se dirige a una mesa próxima y se sienta medio girado, pendiente siempre del jefe y su hijo.

Lázaro sigue sin hacerle el más mínimo caso a Julián. Sigue a lo suyo, deleitándose con el plato que tiene delante. A excepción del sonido de las conversaciones de los otros comensales y de los camareros, en la mesa hay un silencio absoluto; solo se escucha el sonido que hacen los cubiertos y su padre al masticar.

Julián vuelve a temblar, esconde sus manos debajo de la

mesa para que no se percate de su estado. Comienza a sudar, de nuevo aparece el miedo, le recorre todo su ser. Si pudiera, lloraría; es lo que sus ojos le piden. Durante el trayecto ha pensado en los múltiples caminos por los que puede derivar la conversación. Se ha preparado un monólogo mental en el que excusarse ante él y poder salir lo más decorosamente posible.

—Lo siento muchísimo, padre.

Lázaro se para en el acto, deja de masticar, de comer. Su cuerpo se pone tenso, sigue sin mirarlo, pero en su rostro se trasluce un atisbo de molestia por haberle interrumpido, por haber hablado siquiera. A Julián aquello lo deja inmóvil, siente que su boca se seca, pero tiene que continuar, tiene que hacerlo.

—Sé que hace cinco meses viniste a buscarme para que dirigiera el negocio durante el tiempo que ibas a estar fuera, que estuviera a cargo de todos los restaurantes, de las cuentas y de que todo estuviera en orden, algo que te agradezco muchísimo, pues vi que empezabas a confiar en mí, viste que era capaz de empezar a seguir tus pasos. —Lázaro sigue sin mirarlo—. Todo iba bien, lo mantuve todo como tú lo dejaste, pero todo fue complicándose poco a poco. Intenté remediarlo, pero al final fue imparable, lo he intentado, con todas mis fuerzas, quería que te sintieras orgulloso de mí. Lo siento.

Lázaro cada vez está más tenso. Se le empiezan a notar las venas del cuello. Aprieta con tanta fuerza el cubierto que su mano, totalmente roja, tiembla un poco.

Julián tiene que jugársela, demostrarle que no todo está perdido, que todavía puede estar orgulloso de él.

—Pero, aun así, no es tan grave. Es verdad que hemos sufrido pérdidas, pero lo tengo todo planeado. Al final conseguiré mejoras, como si esto no hubiera pasado. Por favor, si pudieras darme otra oportu...

—Cá-lla-te —lo interrumpe, poco a poco, escupiendo

cada sílaba con rabia—. No rompas el silencio si no es para mejorarlo.

Lázaro levanta la cabeza y mira por primera vez a su hijo. En su mirada hay concentrada mucha ira y, sobre todo, odio hacia la persona que va dirigida.

—No has cambiado nada, estropeas todo lo que tocas, y siempre te presentas ante mí con excusas, ruegos y súplicas —Lázaro escupe las palabras—. Decido tomarme unas vacaciones más que merecidas después de tanto tiempo trabajando y, con toda la buena intención, coloco a mi hijo al mando del negocio, creyendo que es una persona capaz, algo que nunca había demostrado. No sé, últimamente había visto algo, un cambio en ti; te estabas acercando a ser lo más parecido a un hombre. —Suelta una carcajada seca que pone los vellos de punta a Julián—. ¿Y qué me encuentro cuando vuelvo a mirar al negocio? Cuando me quiero dar cuenta, lo único que me encuentro son pérdidas por todas partes, hojas de reclamaciones incluso de personas muy influyentes, personas que te taparían con su misma sombra y poder, además de críticas negativas sobre la calidad de mis platos. Y todo eso es porque el idiota de mi hijo no ha hecho bien su puto trabajo, la única cosa que alguna vez le he pedido que haga. —Lázaro baja el tono de voz—. Veo que me equivoqué; eres un inútil, no sirves para una mierda.

Toda la fuerza y el valor de Julián desaparecen en ese mismo momento, no puede seguir sosteniéndole la mirada. Baja la cabeza, las cascadas de sus ojos se abren y empieza a llorar.

Lázaro siente aún más rabia hacia su hijo.

—Mírame cuando te hablo —lo dice con tanto odio que golpea la mesa con la palma de su mano derecha, produciendo un fuerte ruido.

Muchos comensales se quedan en silencio, la mayoría miran hacia la dirección de donde ha venido el sonido para descubrir qué es lo que pasa, algunos empiezan a cuchichear

entre ellos. Emmanuel se sorprende de que su jefe haya reaccionado de esa manera delante de tantas personas; una acción que sabe que dará que hablar, pero no puede intervenir, lo mejor es callar.

—Deja de llorar —continúa Lázaro—. Te llevas toda la vida llorando; es lo único para lo que sirves. Con eso crees que lo solucionas todo: llorar y llorar. Eres igual que la patética de tu madre.

Julián levanta la cabeza para mirarlo, se limpia las lágrimas que corren por su cara con las palmas de las manos. Está muy nervioso.

—Perdóname, papá.

Las facciones de Lázaro han cambiado en un segundo, su cara ya no refleja odio, ese tiempo ha pasado. Ahora lo mira con dureza, indiferencia, asco, sin piedad.

—Mírate, no vales para nada, solo eres un crío de mierda, un fracaso. Sin mi dinero, no tendrías ni dónde caerte muerto. Lo único que has hecho en toda tu vida es cagarla y yo recoger tu mierda. Pues eso se acabó, no habrá más oportunidades. Siempre escondido detrás de la falda de tu madre, ella es la culpable de todo. Siempre sobreprotegiéndote, así te has quedado. Ella siempre va de que ha sido una buena madre y no es así; no sabe nada. Esa idiota, lo único para lo que sirve ahora es para ir a esa iglesia y cantar salmos. ¿Y para qué le ha valido tanta oración? Es una muerta de hambre que lo único que ha hecho en esta vida es traer a este mundo a un inútil como tú. Eres un error, siempre lo has sido; qué vergüenza que seas mi hijo. Ojalá nunca hubieras nacido, me hubiera ahorrado muchos problemas.

Las lágrimas de los ojos de Julián no paran, no se secan. Esas palabras son como un puñal envenenado que atraviesa su corazón. El veneno lo infecta todo, se mueve por venas y arterias e inunda su mente. Ya no piensa, apenas respira, ya no siente.

Lázaro vuelve a bajar la mirada hacia su plato y sigue comiendo. Ya no le va a dedicar ni un solo segundo a esa existencia de la que tanto se avergüenza.

—Largo de mi vista, llorón, y vuelve con tu madre. No vuelvas hasta que no seas un hombre y sepas hacer algo de provecho.

Julián se levanta despacio de la silla. Tiene la mirada perdida, sin saber dónde se encuentra. Se da la vuelta y se dirige a la puerta de salida.

Emmanuel mira cómo el chico por el que tanto cariño siente, al que ha tratado siempre con afecto y respeto, se dirige como un zombi hacia la puerta, totalmente derrotado y sin fuerzas. Le duele el corazón verlo sufrir; de haber contemplado ese ataque sin misericordia de su progenitor. Siente rabia de ver a un hombre tan inmune ante el sufrimiento de su hijo.

Él, aún sin haber tenido una relación tan cercana con aquel joven, ha sido lo más parecido a un padre para Julián, y ahora siente una profunda lastima por él. Si estuviera en su mano, se levantaría en ese preciso momento, iría tras él, e intentaría consolarlo, apoyarlo y ayudarlo. En el fondo se lo merecía.

Pero el rostro de Emmanuel permanece inexpresivo, su semblante es como un tempano de hielo. No puede hacer nada, no puede ayudarlo, él es el tipo duro.

4

Dentro del Rolls-Royce apenas se nota el movimiento, prácticamente insonorizado; los cristales están tintados. De esta forma, el mundo exterior y los simples mortales quedan totalmente apartados, ajenos al dueño que los mira, creyéndose superior a todos ellos.

Emmanuel está sentado acompañando a Lázaro Fernández. Lo mira de reojo, atento a quien ha servido desde hace veinticinco años; pendiente del más mínimo movimiento o gesto que hiciera, a lo primero que saliera de sus labios, a cualquier orden. Él, siempre preparado y dispuesto, realizaría aquello que le pidiese sin pestañear, incluso antes de que termine de pedirlo. Esa es su forma de trabajar, por eso ha llegado donde está: tantos años con la mentalidad de siempre ser el mejor le ha sido de ayuda.

Siempre se ha sentido muy orgulloso de su jefe, un hombre poderoso dentro de su sector, rodeado de personas prestigiosas, influyentes y respetables. Emmanuel se siente muy afortunado de trabajar para él; es muy generoso a la hora de pagar los buenos servicios recibidos. Por eso, se permite vivir en una casa con piscina; un palacio, comparado con todos los lugares cutres donde ha vivido antes. Puede conseguirse grandes coches de lujo, como Ferrari o Lamborghini, y buenos relojes, como Rolex, Breguet o Tudor. Por su trabajo, está cada dos por tres viajando como nunca había imaginado: capitales importantes o islas afrodisíacas

que son auténticos paraísos. Ha visitado medio mundo y puede costearse una vida de lujo, o algo cercano a ella. Aunque le den auténtico asco, ha llegado a parecerse a esos pedantes ricachones que cagan en un váter de oro y que creen que el mundo gira alrededor de su miembro, acompañados de chicas veinte años más jóvenes que ellos —ingenuas, o demasiado listas—, que se dejan follar con tal de exprimirles hasta el último centavo.

Y todo esto, por hacer lo más simple que se puede hacer: obedecer. Obedecer en todo a quien le ha permitido tener esa vida, sin preguntas ni objeciones, simplemente obedecer y cumplir.

Nunca le ha importado que Lázaro tuviera ese carácter, incapaz de mostrar el más mínimo cariño o amor hacia su familia; capaz de actos y palabras sin misericordia, destrozar a sus contrincantes gastronómicos, despedir en el acto a un trabajador que le sirve mal o arruinar la carrera de un joven cocinero que ha cometido un error en uno de sus platos, impidiendo que volviese a entrar alguna vez en una cocina gracias a su influencia.

Es un auténtico cabrón, pero Emmanuel no es nadie para juzgarlo, él mismo también lo ha sido durante gran parte de su vida, así que jamás le dirá nada. ¿Por qué va a hacerlo? Le paga muy bien y vive en la gloria. De hecho, su vida nunca ha sido tan buena.

Emmanuel Blanc nació en uno de los barrios más pobres y marginales de Marsella en 1974. Su padre era un borracho que se gastaba todo el dinero en bares y que un día cogió la puerta sin volverse a saber más de él; su madre, una yonqui que murió de una sobredosis en el sofá mientras veía cómo su hijo de cinco años jugaba en el suelo. Los vecinos acudieron a la casa tres días después, tras escuchar al niño llorando sin parar y detectar el hedor del comienzo de la putrefacción. Emmanuel no recuerda cuáles eran sus nombres, y tampoco quiere saberlos.

Fue ingresado en L'Amour de la Maison, un orfanato de Marsella financiado por la Iglesia católica en Francia; el peor lugar en el que se podía criar un niño, lleno de otros críos igual de solos que él y dirigido por un ejército de monjas que se asemejaban más a sargentos sin corazón que a buenas y alegres hijas de Dios.

Pese a su nombre, en aquel lugar no existía el amor. Durante su infancia se limitó a sobrevivir, en lugar de ser un niño; nunca lo fue. Se acostumbró a las comidas que preparaban las monjitas, que tenían un sabor inconfundible a mierda, y al mísero vaso de agua que le daban. Eso sí, ellas comían en abundancia y con un buen vino, e incluso dos o tres, salvo cuando venía un inspector o alguna familia en busca de uno de aquellos miserables para adoptar. Esos días los niños sí que tenían un buen plato que llevarse a la boca.

Disciplina, rectitud, orden y rezo por las mañanas, tardes y noches —a Dios, la Virgen y todos los santos—. Los domingos, misas insoportables en latín. Pellizcos, tirones de orejas, golpes con la regla de madera en las manos, castigos sosteniendo libros pesados mientras formabas el símbolo de la cruz durante horas, bofetadas que hacían sangrar, e incluso reclusiones en salas oscuras durante días donde solo se escuchaban llores y lamentos. Esa era la forma de castigar de aquellas mujeres buenas y bondadosas. El paraíso en la tierra.

El orfanato estaba dividido en dos edificios: uno para los niños y otro para los más adultos y adolescentes. Emmanuel fue trasladado con diez años al otro pabellón. Si lo había pasado mal en su niñez, a partir de entonces se desató el infierno. Lo único bueno había sido poder librarse de las monjas, porque era muy peligroso que mujeres cuidaran de adolescentes y pudieran levantar la lascivia de muchachitos llenos de hormonas; eso es pecado, claro está. Por ello, en ese pabellón eran vigilados por hombres adultos y sacerdotes.

Fue en esos años cuando empezaron a utilizar contra él la palabra que le perseguiría el resto de su vida: «maricón».

Porque, mientras los demás chavales tenían ojos para las chicas que espiaban a través de las ventanas o se masturbaban por las noches mirando mujeres desnudas de las revistas que robaban de los quioscos, él solo tenía ojos para Jean Paul.

Jean Paul dormía justo en la cama de al lado a la suya; pelo castaño, ojos verdosos, cuerpo fibroso y fuerte. Un adonis francés, más hermoso que el propio David esculpido en piedra.

Algunos años mayor que él, Jean Paul fue su protector desde el primer día, pues Emmanuel era más bien delgado y frágil, y le tomó un gran cariño. Siempre lo seguía a donde fuera, lo protegía de los demás, que ya empezaban a cuchichear entre ellos y se metían con él llamándolo con esa palabra tan horrible para un adolescente. Le enseñó a defenderse. Era la única persona con la que hablaba, el único con el que podía ser él mismo y abrir su corazón mientras se deleitaba estudiando los fragmentos de su cara y su cuerpo perfecto. Pasado un tiempo, empezó a crecer dentro de su ser un sentimiento extraño que lo hacía ponerse nervioso y, a la misma vez, feliz en su presencia.

Se dio cuenta un caluroso día de verano, cuando ambos estaban jugando en el patio. En un momento de descanso, Jean Paul se quitó la camisa para refrescar su cuerpo sudoroso con el poco viento que soplaba. Un sentimiento de deseo recorrió el cuerpo de Emmanuel; deseaba con todas sus fuerzas poder besar cada centímetro de ese cuerpo, que esas manos le acariciaran, que él le besara, que lo hicieran suyo, que lo amara. Acto seguido, un sentimiento de vergüenza e ira acudió a él, porque pensaba que, al final, los demás muchachos tenían razón: era un maricón. Y a esa edad, al descubrir que eres diferente, que hay algo en ti que provoca la risa de los demás, se convierte en dolor y vergüenza, aun sabiendo que eso que deseas podría hacerte feliz, aunque el resto del mundo no lo comparta.

Fue en ese momento cuando tomó la peor decisión: acudir al padre Bastián y confesarle sus sentimientos más profundos, algo que nunca había hecho, ni siquiera en las confesiones obligatorias. Además de imponerle una penitencia y obligarlo a rezar sin descanso, rogando perdón y la vuelta al camino recto tras su «desviación», como decía el padre, hizo algo más doloroso: lo apartó de Jean Paul. Lo cambió de aula para dormir, lo mantenía siempre vigilado y no le dejaba acercarse a él, ni siquiera dirigirle la palabra. Al principio creyó que sería lo mejor, pero, con el paso de los días, se volvió insoportable tener que permanecer alejado de la persona que amaba.

Una noche, mientras dormía, una mano posada sobre su boca lo despertó. Era Jean Paul, que con la otra mano le hizo un gesto de silencio. Sin hacer ningún ruido, se deslizaron a una sala abandonada del orfanato. Allí hablaron, se dijeron cuan solos se sentían sin la compañía del otro y se confesaron sus sentimientos.

Jean Paul se abalanzó sobre él y lo besó. Para Emmanuel, fue maravilloso; lo deseaba desde hacía años, era el momento. Allí en la intimidad, se besaron, se desnudaron, se tocaron y se dieron placer el uno al otro, unidos, como un solo cuerpo.

Fue hermoso, mágico.

A partir de ese momento, cada noche se encontraban a escondidas. El día se les hacía extremadamente largo mientras esperaban estar en los brazos del otro. Emmanuel era feliz por primera vez en su vida: se sentía querido, amado, vivo. Los encuentros duraron prácticamente un año, pero llegó un momento en que empezó a ver a Jean Paul cada vez más delgado.

Siempre estaba cansado, le dolían los músculos y sufría de fuertes dolores de cabeza. Lo veía empeorar poco a poco; cada noche más débil que la anterior. Emmanuel, preocupado, le pidió que hablara con los sacerdotes para que le